

Los Libros

«GOLIATH», por *G. A. Borgese*

Este libro, que tiene por subtítulo «la marcha del fascismo», apareció en New York. Es su autor un sabio italiano de nota y de grandes virtudes de estilo. Se dice que lo ha pensado y escrito en inglés. Ya hablaremos de esto.

Juan Antonio Borgese, erudito profesor universitario, periodista, crítico literario, autor de novelas de fácil lectura y penetrante análisis de hombres y de épocas, nació el año 1882 en las cercanías de Palermo. Es meridional de nación, de temperamento y de aptitudes. Después de una asidua y concienzuda carrera universitaria, brillantemente coronada, entró al periodismo. Viajó por Alemania y escribió y publicó en 1909, para compilar algunas de las observaciones hechas durante el viaje, un libro lleno de ideas claras y de puntos de vista originales sobre la Alemania de ese tiempo. Al través de observaciones que pretendían ser absolutamente imparciales se adivinaba su franca simpatía por la patria de los filósofos y poetas más profundos del siglo XIX. De regreso de Alemania entró a la redacción del «Corriere della Sera», diario milanés, que con el «Manchester Guardián» y «Politiken» de Copenhague eran los autorizados voceros de las ideas liberales de fines del ochocientos por ellos mantenidas en formas literarias de la más culta y graciosa forma. El autor de estas líneas conoció a Borgese, no personalmente sino de nombre, por las columnas de

saludable, substanciosa y honrada crítica literaria que aparecían en el «Corriere» con su firma. Todavía recuerda el placer con que salía a comprar, después de un trabajo de diez o doce horas, estos tres adalides de libertades y de normas políticas hacia las cuales se mira hoy, desde algunos observatorios, como se observa en las vidrieras de los muscos la abeja conservada en ámbar.

En 1917, sin dejar de ser periodista invistió Bergese la cátedra de literatura alemana en la Universidad de Milán. A más de los trabajos de crítica literaria, dados a luz con su firma, publicaba sin ella en el mismo «Corriere» notas periódicas sobre la política internacional, materia en que era juez atinado, de información vasta y atendible, a causa de sus relaciones con los hombres salientes del gobierno y de la diplomacia.

En 1921 publicó su primera novela, de título «Rubé», nombre de uno de los personajes. En este libro, de fácil y agradable lectura, Bergese describe con fidelidad y eficacia el estado de espíritu predominante en Italia después de la guerra. Podrían haber hallado en esta narración, desprevenida y real de los sucesos de entonces, las inteligencias reflexivas, el principio de la desventurada involución conocida hoy con el nombre de fascismo.

Es tendencia natural del hombre medio atribuir a la influencia de un solo individuo las grandes transformaciones históricas. No puede negarse que hay personalidades cuya influencia natural es acelerar los acontecimientos o precipitarlos; pero su acción resultaría negatoria o frustrada si no contara con la base ideas o sentimientos que constituyen el ambiente moral de la época, el clima espiritual, la atmósfera de las aspiraciones generales.

En 1926, Bergese tomó a su cargo la cátedra de estética en la Universidad de Milán, sin abandonar por eso su colaboración en los diarios sobre la situación internacional. Mussolini:

solía consultarle, según lo apunta el mismo Borgese, en sus pascos espectaculares por la capital lombarda. En tanto el «Corriere della Sera», y con él toda la prensa italiana habían dejado, violentamente o por consideraciones extrañas a la misión periodística, de ser órganos de opinión para convertirse en voceros incondicionales del régimen.

El «Corriere» fué el más denodado en la defensa de sus derechos. El director de ese diario, senador Albertini, liberal de doctrina, hombre de fino y firme gusto literario, carácter templado en el estudio de las luchas del Resurgimiento, tuvo el valor de persistir, a pesar de ataques de hecho y de injurias constantes del montón sumiso, en la idea de conservar el diario a la altura de su fama y sirviendo a las ideas y principios de que había sido campeón. Ante la fuerza bruta, usada por el régimen y por las turbas contra el diario y contra el personal superior, Albertini, antes de ceder a la presión de arriba, vendió sus acciones en la empresa y se retiró por completo de ella para no dañar a los demás propietarios, ya dispuestos a doblegarse ante el régimen y aceptar sus imposiciones. La falta del veterano y sabio director no dejó de notarse desde el primer número que apareció después de su ausencia.

Borgese continuó escribiendo sobre política internacional en el «Corriere» y sirviendo su asignatura en la Universidad de Milán hasta que la vida se le hizo insoportable en la alta presión política y en las bajas tempestades morales del fascismo. Cuando el Gobierno exigió que todos los profesores universitarios firmasen carta de sumisión incondicional a las afirmaciones fascistas, Borgese escribió a Mussolini una carta de rechazo a tan peregrina exigencia y quedó, como es natural, en una posición insostenible. El fascismo no destierra, y contra cierta clase de personajes no se atreve a tomar medidas severas, como la prisión o el confinamiento, por respeto a la opinión extranjera. Recuérdese el caso de Toscanini.

Pero Borgese no podía aceptar esa falsa situación y se pu-

so a espiar la mejor ocasión para evadirse de la patria, convertida para él, por las circunstancias, en una vasta prisión de Estado. Realizada la fuga, vino a establecerse en la Unión Saxoamericana. Su caso no es único: así están fuera de Italia el agudo y severo historiador Guillermo Ferrero; el sagacísimo comentador de la política europea, Carlos, Conde de Sforza; Salvemini profesor de historia y autoridad universalmente reconocida. Sería largo enumerar los nombres de los buenos italianos, escritores, artistas, pensadores que han abandonado a Italia por causas políticas. Aquí se han señalado las alternativas de la vida del escritor Borgese, porque ellas hacen ambiente en el horizonte literario y probablemente histórico de su libro.

Del cual vamos a tratar en seguida. Para hacer el análisis del fascismo, Borgese trata de escudriñar sus orígenes étnicos y sus ascendientes en la historia. Ante todo, como hombre de buena fe, el autor de «Goliath» no presume de ser imparcial. Al hacer el análisis de un movimiento político, en que se ha tomado parte como actor o como víctima, es sospechoso adoptar como actitud el de una absoluta imparcialidad. Borgese no pretende ser imparcial sino como observador. Trata de ser objetivo en cuanto a la exposición de los hechos, pero en su interpretación no quiere ni podría desprenderse del factor personal. Es un filósofo, pero no deja de ser un ente humano, cuya parcialidad le presta a su libro el mayor de los encantos, que es el de ser a un tiempo mismo, trabajo de historia, obra de sociología, análisis psicológico y por encima de todo una obra de arte. Los historiadores del siglo XIX, Mommsen, Renán, Taine, Acton, Fustel de Coulanges, Villari quisieron darle a la historia escrita el carácter de obra científica primordialmente. Mas por encima de esa voluntad, en esos mismos escritores, sus grandes éxitos estuvieron acompañados del hecho de haber cumplido, cuando tal cosa lograron, una obra de arte en sus magníficos empeños. La historia del hombre, aunque debe par-

tir de la realidad de su vida y fundarse en los testimonios utilizables como hachas de sílice, restos de habitación lacustre, pinturas rupestres, teogonías escritas o figuradas en símbolos, cartas, diarios, anales, actas, novelas, poesías, conversaciones como las del doctor Johnson o Goethe, debe ser una obra de arte, si aspira a perdurar como las otras imágenes representadas en colores, mármol o bronce.

Por la intención, por el estilo, por la estructura general la obra de Borgese es una obra de arte. La pasión filosófica, el encono patriótico en que por momentos se inspira su autor, revelan el valor artístico del libro. Es una historia, cuya principal intención parece dirigirse a explicar por qué ha nacido el fascismo en Italia. Borgese lo explica dolorosamente como un desarrollo fatal. No empieza su análisis con Roma, como han solido comenzar otros investigadores de grande ambición en sus propósitos. Borgese niega que haya una raza italiana, opina en que le acompaña la etnografía moderna. Tampoco afirma que los actuales italianos sean hijos o retoños de los antiguos romanos. No dice como Lessing y repitió un grave historiador alemán que los italianos de hoy son descendientes de los romanos de ayer, como son descendientes del caballo las larvas que se alimentan de su cadáver.

Comienza por eso el señor Borgese la historia del alma italiana moderna con la biografía de Dante Alighieri, proyectada con arte de pintor escénico y de psicólogo moderno sobre el paisaje de la Edad Media. Bastaría libro tan hermoso y de tan intensa vida espiritual como el «Goliath» para mantener sano e inexpugnable el pensamiento de quienes sostienen cómo la historia del mundo y del hombre no es la compilación de sus hechos sino el análisis de sus ideas. Los hechos tienen significado y valor histórico en cuanto están relacionados con las ideas del ambiente o sirven para explicarlas. Pocos hechos dignos de estrépito narrativo hay en la vida exterior de Dante, pero las alternativas de su vida espiritual tienen calidad heroi-

ca. Vió a una niña una vez en su vida, persona según parece insignificante y por eso incapaz de comprenderle. De ese momento nacieron la inmortalidad de Beatrice Pertinari y la más hermosa simbolización que hayan tenido del Paraíso los hombres modernos. Las batallas en que tomó parte, los hombres que le dañaron o le atendieron en su paso por la existencia, tienen vida inmortal lamentable o gloriosa por el contacto con tamaña personalidad. Todo el libro de Borgese tiene este singular encanto. El lector iniciado aprende en estas páginas toda la vida espiritual de Italia, no en sus grandes capitanes, ni en sus hechos felices o desgraciados de armas, ni en sus pequeñas luchas de municipios, sino en el sentido ideal de la vida de unos pocos hombres, desde Dante, Petrarca, Maquiavelo, hasta Leopardi, Cavour, Manzoni, Carducci.

En todos halla Borgese dos o tres cualidades comunes: un sentido de viva admiración por la patria italiana; un anhelo constante y en veces heroico de verla unida y a sus hijos conordes en la realización de sus grandes y para ellos manifiestos destinos; y mezclado en forma aparentemente contradictoria a estos sentimientos, un desdén expreso o implícito de los italianos. En la «Divina Comedia» abundan las expresiones de una amargura infernal contra Florencia, Génova; contra Roma, a quien el poeta, con frases de otra vigencia, llama con el vidente de la Apocalipsis, ramera de Babilonia; contra Pisa, inmortalizada en aquel verso:

«¡Ah! Pisa vituperio delle genti». De los boloñeses dice el divino poema que había en el infierno multitud de ellos por pecados de condescendencia y sollicitación.

Pero en Dante la italianidad es sincera. Aspira a la unión de sus gentes para que sea dominadora espiritual del mundo. No quiere el dominio material, pero su conocimiento del pueblo italiano, el sentido de sus virtudes y capacidades, le hacen suponer que está predestinado al dominio espiritual de las gentes. Noción grabada en los buriles del tiempo en todas las mentes

de altura verdaderamente italianas. Gioberti, de quien Borgese no ha querido acordarse, escribió un libro titulado «*Primato morale e civile degli italiani*».

La obra de Maquiavelo, patriota de su obra y de su comarca, contiene «sub rosa» el sentimiento duradero del desprecio a los hombres, sin excluir los italianos. Y para no extender la lista, ahí está Leopardi, cuyo amor a Italia se exhala en quejas de no igualada entonación y cuya clara visión de la realidad, manifiesta en sus cartas y pensamientos, le hizo tener de los hombres, del hombre en general, sin excluir a su gente, las más desoladoras ideas. De su pueblo dijo que era «*il natio borgo selvaggio*», y de sus habitantes, que excusaban el pasar cerca de él «no por envidia, pues no le tenían por mejor que ellos, sino porque suponían que él se tuviese por superior a ellos». De las ciudades italianas por donde pasó su formidable inteligencia, mal hallada en un cuerpo deforme y asaetado por el dolor físico, dijo en sus cartas el desdén que le inspiraban por la vanidad de sus habitantes y por la ignorancia de que adolecían vestida con los atavíos de la suficiencia. La lista no termina con Carducci, cuyo es el verso «*Italiani, la nostra patria e vile*».

La ambición generosa de los grandes italianos y el desdén suficiente para con su pueblo, había atraído al país por los años de 1912 a 1914 a un estado de inmoralidad política más ponderoso que el sentimiento nacional. Los partidos que gobernaban por turno y el parlamento endémico habían desengañado al pueblo, en todas sus capas, de la función gubernativa. En el parlamento las más graves discusiones degeneraban en «*battibecchi*», querellas minúsculas personales, y terminaban en una gradación de insultos en que «*bellaco*» y «*rufián*» parecían ya cumplimientos. El uso de estas palabras solía estar acompañado de orondas declaraciones sobre que el autor de ellas estaba dispuesto a sostenerlas en cualquier campo. Sin embargo, el día en que Mussolini, mientras escuchaba las inculpaciones de la cámara por el secuestro y asesinato de Matteotti, se alzó espumante y

vociferó estrepitosamente estas palabras: «Si el fascismo es una cuadrilla de malhechores, yo soy su jefe y acepto todas las responsabilidades; los hombres de la oposición y del abigarrado vocabulario del insulto callaron como peces, se escurrieron silenciosamente de las curules y no volvieron a hacerse presentes en Montecitorio. La vida heroica no se expresa ya en insultos como en los tiempos de la *Iliada*. Agréguese a este penoso eclipse de la dignidad que, según Borgese, toda la conciencia liberal de Roma, todos los italianos enemigos del régimen naciente, esperaban en la capital y en provincias la aparición de un hombre capaz de hacer frente al chubasco y dirigir el sentimiento de los libres. Pero la política había destruído a sus mismos cultivadores. Ese día Mussolini, tembloroso de fatiga y de miedo supo que sería dueño de los destinos de Italia por un largo tiempo.

La serie de figuras que empieza con Dante se cierra con Mussolini, en quien descubre Borgese algunas de las deas motrices del florentino, desvirtuadas por la vanidad, por la ambición desquiciada y por la ignorancia. Los más acerbos enemigos de Mussolini lo han figurado en la pantalla histórica con caracteres de hombre valeroso hasta el delirio, rápido en las decisiones y poseedor de una vasta cultura. Según Borgese la biografía necesitaba de cualidades heroicas para levantar o deprimir a su héroe: según Borgese, la visión de los tiempos en Mussolini está limitada en literatura por los «*Miserables*» de Víctor Hugo, y en filosofía por las obras de Ardigó. Su apreciación de las teorías de Einstein, a creer a Borgese, consta en este dicho: «La relatividad de Einstein quiere decir que todo es relativo, nada es absoluto y por lo tanto al político se le permiten cualesquiera incongruencias». ¡Y los amantes de las matemáticas que se habían consternado al mirar de frente las ecuaciones del sabio israelita!

No todos saben que Mussolini, después de abandonar la carrera pedagógica, a la cual entrara por seguir el ejemplo de

su madre, dió a luz un tratado cuyo título apenas deja duda sobre su saber y sus proclividades. Se llama «Dios no existe», De donde Borgese saca estas concluyentes citas: «El universo no es más que la manifestación, que es «una», eterna, indestructible, nunca tuvo principio y jamás tendrá fin». Dios «es una monstruosa invención de la ignorancia humana». «El origen de la religión es meramente económico». Mucho ha debido estudiar este hombre entre 1904 y 1920, cuando firmó con Pío Undécimo los tratados de Letrán.

Hay otra silueta de una evidencia desgarradora en las páginas de «Goliath», la del Rey de Italia. De Víctor Manuel II se dijo que era un «galantuomo»; de Humberto, que no fué más que un «uomo»; de Víctor Manuel III, que es un «omicciattolo». Del análisis psicológico a que Borgese ha sometido al actual representante regio de la estirpe sabauda, se desprende que la pequeña estatura ha decidido de toda su carrera y señalado el rumbo de sus destinos. El tamaño material se impuso en su imaginación hasta hacerle pensar que la inteligencia y el carácter eran figuras semejantes entre sí y semejantes a la estatura. Era posible, modificar la estatura añadiéndoles centímetros a las botas; era posible crear la impresión de mayor altura por medio de una toca militar demasiado alta. No se conocen las fórmulas por medio de las cuales se pueden elevar la inteligencia y el carácter.

El Rey de Italia es más responsable de la engañosa transformación de Italia que Mussolini, que el parlamento y los políticos al mando de Giolitti, de los cuales se dice cómo en su infinito desprecio por el pueblo se reían de la marcha sobre Roma y formulaban chistes cínicos sobre el movimiento que amenazaba eliminarlos. La marcha sobre Roma no fué dirigida por Mussolini. Sus naturales irresolución y prudencia le hicieron quedarse en Milán esperando los desenvolvimientos. Si el Rey se niega a entregar el gobierno a los amotinados y como jefe del ejército invoca esa fuerza ante ellos, se habrían salva-

do las libertades italianas y tal vez la casa de Saboya. Pero el Rey careció de apoyo en los liberales risueños que consideraban el movimiento como una exhibición de feria. De ellos dependió que no lo fuera.

En tanto Mussolini aguardaba en Milán. Al saber que Facta (el Presidente del consejo) y el Rey se habían entregado, marchó sobre Roma y sobre seguro en coche-dormitorio.

Esta es una de las etapas dolorosas y en ciertos aspectos cómicas (recuérdese a Cola di Renzo) por las cuales ha pasado en su vida política uno de los pueblos más inteligentes, más vigorosos y más activos del planeta. Dice Borgese: «Las circunstancias en que ha crecido el pueblo italiano particularmente entre los Alpes y Toscana y las sugerencias recibidas de la educación y la herencia psicológica han hecho de él una comunidad imaginativa y creadora con una plenitud de realizaciones, con las cuales sólo pueden compararse las de la antigua Grecia». Y más adelante para disculpar su severidad y amargura contra la Italia del momento: «Las perturbaciones del espíritu se explican mejor con razones espirituales, y aunque parece al principio una impiedad hacerle cargos de transgresiones espirituales e intelectuales a toda una nación, especialmente a la patria, no hay en ello pecado grave, si tenemos presente que ninguna nación es en su integridad absolutamente criminal o enteramente pura y que la verdad recatada bajo tales generalizaciones, es que algunos hombres, unos pocos individuos, fueron puros criminales en esa comunidad y su buena o mala suerte hizo de ellos los guías en el común destino». Con este bello período ha querido Borgese tranquilizar la conciencia de quienes no podemos conformarnos con la fatalidad histórica de una cadena de hechos, en cuyos extremos aparecen como eslabones prominentes Alighieri y Mussolini.

«Goliath» es un libro hermoso, convincente o no, pero de apasionante lectura. Está escrito en una lengua adquirida por

su autor en el estudio de sus grandes escritores y mediante el trato con las gentes de un país extranjero. Tan sólo en los regímenes se percibe de cuando en cuando la pluma y el hábito mental de un escritor cuyo instrumento de comunicación con el mundo es otra lengua más próxima a su corazón y a sus costumbres de filósofo. Los regímenes son el grande escollo en el uso de lenguas extranjeras, ninguna de las cuales presenta en este aspecto caminos tan escabrosos como la inglesa. Fitzmaurice-Kelly solía decir con su acostumbrado y discreto humor, que sabiendo emplear las preposiciones en inglés, bastaban dos o tres verbos («do, get, put» y los auxiliares) para expresar todos los pensamientos usuales. A veces la frase de «Goliath» tiene para el oído de los lectores de lengua inglesa sonoridades extrañas y ornato de apariencia superflua. El estilo denuncia un alma generosa, una inteligencia que se exalta a sí misma en el uso de libertades conquistadas al mudar de meridiano. La obra es, además, un acto de valor en estas horas de compromiso con los intereses pasajeros y con «el mal potentísimo y fecundo.—

B. SANIN CANO.



«LAURA» O LA SOLEDAD SIN REMEDIO. por *Pío Baroja* (1)

Una novela de Baroja en el destierro y una novela que describe la vida de algunos refugiados españoles en París, debía obtener un éxito clamoroso entre sus lectores de América y España.

Para muchos, para la mayoría, la actitud de Baroja frente a la revolución ha sido un enigma.

Es un rebelde, un disconforme, casi un hombre de izquierda según la expresión al uso, si analizamos los conceptos polí-

(1) Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1939.